

Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Serenos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

PRECIOS DE SUSCRICION.
AÑO 1. En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs. Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un año 66 rs.

ADMINISTRACION:
Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 13 Marzo 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.
En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses 42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultramar un año 120 rs. — Un número suelto 2 rs. NÚM. 16.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores. — Un lance de honor: Narracion de un loco, por D. Rafael Blasco. — Un capítulo de un viage: Pohlet, por D. Vicente Boix. — D. Antonio García Gutierrez, (biografia) por D. R. B. — El asistente, por D. P. A. de Alarcon. — Dolores: Las dos tumbas, (poesia) por D. Ramon de Campoamor. — En un álbum, (poesia) por D. Salvador Lopez Guijarro. — La cristiana: Oriental, (poesia) por D. M. Martos Rubio. — El Ciego de los Valles: Novela original, por D. Maximino Garrillo de Albornoz. — Coronas votivas, por D. J. M. Láminas: D. Antonio García Gutierrez. — Santo Domingo: Vista del Castillo llamado del Homenaje. — Coronas votivas de la Real familia de Recesvinto.

REVISTA DE LA SEMANA.



on profundo pesar vemos que las guerras siguen dominando en la actualidad. Dios quiera que el astro que parece clavado en su cenit se precipite rápidamente en su ocaso.

La cuestion danesa difícilmente tendrá una solucion favorable á pesar de la iniciativa que en favor de la paz han tomado Inglaterra y Francia, y si hemos

de tomar en cuenta lo dicho por el *Morning-Post*, las consecuencias de haberla despreciado serán terribles y desastrosas.

El gobierno del emperador Alejandro ha puesto en pié de guerra todo el ejército ruso, con el objeto sin duda de terminar la destruccion comenzada en Polonia.

En Italia se hacen grandes é imponentes armamentos que deben decidir ó próspero ó adverso el golpe que los italianos meditan. En el Véneto se presiente una gran lucha, y los preparativos de guerra se hacen con gran velocidad, concentrando grandes masas de artillería en la Palesina.

Gallitzia ha sido declarada en estado de sitio, y los comentarios que esta determinacion ha sugerido en la prensa inglesa son desgraciados. En medio de este borrascoso mar de tristes acontecimientos, un tratado de paz y amistad firmado entre el gobierno del Ecuador y el de los Estados-Unidos de Colombia, ha restablecido la alianza, y los ecuatorianos se verán libres de continuar las acerbias y tristes páginas de una guerra escrita con la sangre de sus hermanos.

Nuestro gobierno continúa grangeándose el aprecio y la estimacion de la opinion pública y no descansa en llenar cumplidamente su mision, cuál es la de atender á las necesidades políticas y administrativas de la noble nacion que representan.

El señor ministro de la Gobernacion ha presentado en el Congreso dos proyectos de ley estableciendo una sancion penal para los delitos electorales y estableciendo incompatibilidades parlamentarias.

Los flotantes murmullos de las pasiones políticas que con motivo de las reuniones de Zaragoza se oian en todas partes, han cesado. Todo llega á su término con la misma irresistible fuerza que lleva su corriente hácia la mar las aguas de los rios.

Dejemos en buen hora los asuntos políticos y á los hombres que pretenden, permitásenos el neologismo, llegar á ser hombres gubernatoriales, y pasemos una rápida ojeada por los sucesos que verdaderamente preocupan la imaginacion de los que están distantes de penetrar en la esfera de la política.

El proyecto iniciado por D. Eduardo Asquerino para la creacion de un teatro Nacional, ha encontrado un gran apoyo en el gobierno de S. M., pues lo ha aceptado en principio y se ocupa en escojitar los medios mas convenientes para llevarlo á cabo.

Celebraremos en extremo que el Sr. Asquerino logre ver realizado este proyecto, que le honra sobremanera.

Nuestra provincia parece está en vias de grandes adelantos y embellecimientos, y al efecto nuestro celoso é inteligente alcalde, Sr. Brotons, se ha puesto en comunicacion con el gefe de la Casa-Banca de Madrid con el objeto de que pueda realizarse del mejor modo posible el proyectado *boulevard* que ha de unir Valencia con el inmediato puerto del Grao.

Tambien se dice que el capitalista y digno representante de esta ciudad en las Cortes, el Excmo. Sr. D. José Campo, tiene el proyecto de construir una quinta-palacio en el indicado camino del Grao, cuyo presupuesto ascenderá á una suma considerable.

Por un acuerdo de la Academia de bellas artes lograremos los domingos asistir al museo de pinturas, y admirar una vez más los trabajos de nuestros mas acreditados artistas.

Durante la semana, pocas son las cosas que han influido en nuestra imaginación para que de ellas hagamos alguna cita.

Sin embargo de esto, la noche del martes tuvimos la satisfacción de oír en la Academia de legislación al ilustrado presidente de la misma, Sr. Tormo, quien con la brillantez que le es característica continuó la discusión pendiente sobre la pena de muerte.

El miércoles tambien nos complació en extremo el ver un magnífico frontis que para un ante-altar de la Real Basílica de Atocha ha terminado D. Agapito Cuevas, ventajosamente conocido por sus trabajos y premiado en la última esposición de la Sociedad de Amigos del País.

La Cuaresma sigue su silenciosa marcha, y tan llenos se encuentran los templos del Señor, como desocupados los de Talía.

Las reuniones de confianza han cerrado sus bulliciosas puertas y el recogimiento ha sucedido á los estruendos del Carnaval.

La época santa se aproxima siendo como el preludio de la paz y tranquilidad del espíritu.

Un débil suspiro se me ha escapado del pecho y parece que me he librado de un peso enorme.

No es extraño, he dado fin.

GERÓNIMO FLORES.

UN LANCE DE HONOR.

Narracion de un loco.

I.

El bosquecillo por donde yo acostumbraba á pasear se estiende por la ribera derecha del río; las aguas pasan blandamente besando el pié de los árboles y prestándoles benéfico jugo, y ellos agradecidos estienden sus ramas sobre la líquida superficie para protegerla de los ardientes rayos del sol que la agotarían en el verano; el cauce es tortuoso, y en cada revuelta se encuentra sentado un pescador de caña que espera pacientemente que muerda el cebo un incauto pececillo; por un lado limita el horizonte la ciudad que se ahoga en el círculo de piedra de las murallas, por el otro se estiende el mar como una inmensa sábana de tornasolados colores que poco á poco se confunde con el azul del cielo.

Es aquel un sitio encantador donde se reúnen todos los atractivos de la creación; árboles y agua, mar y cielo, ciudad y campiña, Dios y el hombre.

Allí acudía yo á buscar un consuelo á mis pesares. Por la mañana la fresca brisa, el sol naciente, el canto de los pájaros, la lancha pescadora distraían mi atención ó embelesaban mis sentidos; por la tarde las alegres parejas que buscaban la soledad, las canciones de los labradores, y sobre todo los pescadores de caña eran lenitivos á mi pena; por la noche, cuando las sombras lo ocultaban todo, extraños rumores que brotaban del río, del bosque, del mar, de la ciudad, luces errantes que se deslizaban sobre la superficie de las aguas, apariciones dulces y melancólicas que venían del cielo y de la tierra, gritos siniestros de animales desconocidos, risas, suspiros, ayes, quejas, gemidos, acordados sonos, notas desgarradoras me turbaban confundiendo todas mis sensaciones y embotando mi inteligencia.

Yo necesitaba aturdirme y me aturdira; la vida del bosquecillo producía en mí una especie de embriaguez parecida á la de un narcótico, que me hacía olvidarme ó por lo menos distraerme de mis dolores; por esta razón me veían las gentes vagar constantemente por los estrechos senderos abiertos entre los ár-

boles ó me encontraban reclinado en alguna encurcijada sobre la húmeda yerba.

No sé qué sentimiento de hilaridad despertaba en todos aquel ameno sitio, pero es lo cierto que cuando pasaban por mi lado me miraban sonriéndose constantemente; una vez tan solo recuerdo que un antiguo amigo de mi familia, que me había sostenido sobre sus rodillas cuando yo era niño y que me profesaba el cariño de un padre, me encontró recostado á la orilla del río al que acababa de arrojar mi sombrero, que se había empeñado en prestarme la cabeza, y me dirigió una mirada de profunda compasión que todavía conservo grabada en mi alma, derramando dos lágrimas ardientes. El pobre anciano se alejó conmovido sin dirigirme la palabra y yo sobrecogido, no tuve atrevimiento ni para preguntarle si quiera la causa de su pena.

Entre los que se reían constantemente, distinguía yo á un pescador de caña llamado el tío Pepino, y le distinguía porque su risa breve, entre burlona y sarcástica, su mirada compasiva unas veces y picaresca otras, me causaban una excitación especial de cólera y de despecho. Era evidente que aquel hombre se reía de mí, pero cuando traté de interrogarle en este sentido, me protestó constantemente lo contrario, y me suplicó con las frases mas humildes que le concediese mi amistad.

Verdad es que el tío Pepino tenía todas las trazas de ser un hombre cobarde como una gallina, mientras que yo había probado mi valor recientemente en dos ó tres ocasiones, causas ambas muy poderosas para influir en su conducta. Celoso de conservar sin mancha mi honra y creyendo que solamente con un desafío pueden terminarse ciertas cuestiones, había provocado hacia poco á unos atrevidos cuyos insultos no podía buenamente consentir; fue desatendida mi provocación, hubo quien se burló de ella, el miedo se escondió detrás de la prudencia, y no pudiendo llevar á mis adversarios al terreno de los caballeros, los apaleé públicamente, castigando así su osadía. Desde entonces el respeto ocupó el lugar de la desvergüenza.

Esta es la única manera de evitar que hombres mal educados ó de perversas intenciones le hieran á uno con venenosa lengua y le rebajen á los ojos de sus semejantes; en esta parte soy intransigente, respondo de mis acciones en todos los terrenos, pero exijo de los demás la misma conducta.

Mi último desafío fue atterrador; cuando recuerdo sus detalles se me erizan los cabellos; hubo en él tanto de extraordinario y sobrenatural que creía que mi imaginación acalorada había tomado por realidad lo que solo era un sueño, si no padeciera todavía un terrible accidente nervioso que fue el resultado de los sucesos de aquella noche fatal. ¡No; no fue soñada aquella singular escena!

Era una hermosa tarde del mes de Abril; empezaban los árboles á cubrirse de hojas, á brotar las florecillas, á perfumarse el ambiente con gratos aromas, á reanimarse toda la naturaleza.

Yo paseaba por el bosquecillo como de costumbre. De repente pasó una muger por mi lado. Yo no sé de dónde venía aquella muger, yo no la ví llegar por el sendero donde me encontraba, la sentí de repente á dos pasos de distancia como si hubiera brotado de la tierra.

Iba cubierta con un largo y elegante abrigo que envolvía su cuerpo, dejando sin embargo adivinar las formas; llevaba un sombrero negro con pluma del mismo color y un velo; negro igualmente, y muy espeso; caía sobre su semblante, del que nada podía descubrirse.

Aquella muger era Regina; no podía ser otra mas que ella; yo la conocí, porque era imposible que pasara á mi lado sin que la conociera, mejor dicho, sin que la adivinara, y si como habían pasado tres años desde nuestra

separación hubieran pasado treinta, la hubiera conocido del mismo modo.

Solamente Regina podía andar de aquella manera, solamente Regina vestía con aquella elegancia, solamente ella podía fijar en mí la mirada que yo creía divisar á través del velo.

La muger continuó su camino y yo seguí sus pasos á corta distancia, pareciéndome que se estremecía involuntariamente de vez en cuando, como si temblara al encontrarse tan cerca de mí.

Al pié de un árbol se veía recostado un borrego completamente negro, que hacia días ocupaba constantemente el mismo sitio, produciéndome un malestar que no podía explicar. Al pasar la muger, el animal le dirigió una mirada tan dulce, tan expresiva y al mismo tiempo tan inteligente, que... ¿por qué no he de confesarlo?... tuve celos. Aquella no era la mirada de un borrego, era la mirada de un hombre y de un amante.

Regina dió varias vueltas, y fuera casual, fuera intencionalmente pasó en diversas ocasiones por delante del maldito borrego negro, que en todas ellas la dirigió la misma mirada afectuosa y tierna.

Yo estaba desesperado, la ira me cegaba, y me hubiera detenido á vengarme del animal, á no contenerme el temor de perder de vista á mi tapada.

Esta se detuvo por fin y yo la miré frente á frente; la llamé por su nombre y no me contestó, le recordé nuestro antiguo amor y permaneció impasible, le manifesté que la amaba, que la adoraba todavía y continuó silenciosa.

Comencé á dudar; tuve miedo de haber sido indiscreto y le pregunté si era Regina. Me contestó que no con un movimiento de cabeza. Le supliqué que se levantara el velo, que me probara que en efecto no era ella y solo obtuve otra muda negativa.

Pero había tanta gracia en aquellas negativas, era aquel movimiento tan peculiar de Regina, que entonces creí mas firmemente que nunca que era ella. No sé lo que pasó por mí, comenzó á latirme el corazón con un impulso violentísimo, la sangre corrió apresuradamente por mis venas, ardió mi cabeza, sentí un vértigo desconocido y con una audacia increíble me adelanté y la levanté el velo por un movimiento tan rápido como impensado.

¡Oh! ¡quisiera poder olvidar aquel espectáculo! Debajo del velo no se ocultaba un rostro de muger, sino una cabeza monstruosa, como la de un mico enorme, que gesticulaba horrorosamente, enseñando unos dientes agudos y prolongados. Di un grito y me cubrí los ojos con las manos. Cuando quise volver á mirar al monstruo había desaparecido.

Eché á correr maquinalmente, di cien vueltas por el bosquecillo sin acertar á salir de él y por último me encontré delante del maldito borrego negro, que me miró burlonamente.

Pensé en la venganza y di un pisotón al animal; que levantó la cabeza lentamente y me dijo con la mayor calma:

—Caballero, es V. un imprudente.

Parecía natural que el horror se hubiera apoderado de mí, que al escuchar á un borrego hablandó como un hombre, el espanto hubiera helado la sangre en mis venas, pero nada de eso; las palabras del animal me parecieron naturales y las escuché como si fuera cosa ordinaria en el mundo oír hablar á las bestias.

—Señor borrego, le contesté, yo no debo tener consideración con un animal.

—Sí, replicó, sobre todo cuando el animal es débil, cuando tiene fama de pacífico; entonces ¿qué necesidad hay de tenerle consideraciones? Si el animal fuera un lobo, un jabalí ó una pantera, ya sería otra cosa. ¡Oh! ¡los hombres son muy valientes con los pobres de espíritu!

—Yo no soy valiente; pero no me humillo á nadie.

—Es cierto, ni siquiera al pobre tío Pepino. V. es todo un caballero, que me estruja una pata porque soy borrego; pero que temblaría si yo le propusiera un desafío.

No pude contener una carcajada.

—Sí, continuó, V. no aceptaría un desafío conmigo, porque todo el que se bate cuenta con el temor ó la mala suerte de su contrario, y el temor y la mala suerte no tienen cabida en mí en mi calidad de borrego, ó son de índole diferente del temor y la mala suerte patrimonio de la humanidad.

Yo callé, porque conocí que el animal tenía razón.

—Usted, añadió el borrego después de un momento de pausa, V. no aceptará el desafío que le propongo, porque V. es un cobarde; porque V., el amigo y defensor de los desafíos, tiene miedo, porque V. temblará al encontrarse enfrente de mí.

El borrego hería la fibra sensible de mi alma por un lado, y la curiosidad me escitaba por otro; así es que le repliqué:

—Acepto el desafío que V. me propone.

—Bien, exclamó el animal; tengo que hacer á V. una advertencia. Yo no puedo elevarme á la categoría de hombre, mi organización me impide andar en dos pies y coger una espada ó una pistola, por lo tanto nuestro combate tendrá algo de extraordinario. El hombre habrá de descender hasta el borrego; V. se colocará á gatas, como los niños que empiezan á andar, y así nos daremos de topetadas.

La proposición no podía ser mas ridícula, así es que escité en mí la hilaridad mas franca de que puede ser capaz un hombre. Cuando pude contener la risa le repetí que estaba á sus órdenes, añadiendo que para tal desafío no necesitaba padrinos, pero el borrego manifestó que él llevaría dos que servirían para ambos.

Nos citamos para las doce de la noche en un sitio algo despejado y muy conocido del bosquecillo y me alejé del borrego, que me repitió mas de una vez:

—Hasta las doce.

(Se continuará.)

RAFAEL BLASCO.

UN CAPITULO DE UN VIAGE.

POBLET.

(Conclusion.)

III.

El monasterio de Poblet se halla á siete leguas N. N. O. de Tarragona y á veinte y dos de Barcelona; situado en un dilatado valle ocupa la falda de una montaña, cubierta de bosque cuyas ramificaciones comprenden las de Prades....

La fundación de la Real Abadía se remonta á los años 1120, cuando los árabes dominaban todavía la mayor parte de Cataluña. En aquel tiempo hacia vida penitente en estas soledades un santo varón, llamado POBLET, natural de Vallés, lugar en la Conca de Barberá. El lugar donde moraba el penitente se llamaba Lardeta, inmediato al actual monasterio.

Sorprendido un día en sus piadosos ejercicios por los árabes, vasallos del gefe de Ciurana, llamado Almira Almominiz, fue hecho prisionero y conducido aherrojado á una fortaleza. El anacoreta se salvó milagrosamente, y vuelto á su soledad, de nuevo hiciéronle prisionero. Libre otra vez, el caudillo moro otorgó al ermitaño el documento siguiente, que inserta Bofarull:

«En el nombre de Dios piadoso apiadador, y la salvación de Dios sea sobre Mahoma su profeta honrado, sobre él y los suyos y loores á Dios el uno.

«Esta es la donación del honrado Rey Almira Almominiz.

«Esfuérceos Dios y ayúdeos con su ayuda, á vos el ermitaño Poblet, aquel que habita en la partida de Lardeta: esfuérceos Dios y ayúdeos y os faga cercano á su misericordia la grande.

«En lo cual vos fuisteis preso en la villa de los moros en tiempo de la guerra, y por vuestra dignidad y gracia, que Dios os quiso hacer, fuisteis vuelto á vuestra ermita, por ende: yo el dicho Rey Almira Almominiz vos fago gracia de todas estas montañas y tierras que son en esta partida, para vos y para quien vos quereis indistintamente, sin ninguna revocación. Y que ningún moro no sea osado de ir contra la dicha mi donación, so pena de la vida.

«Otro sí: vos aseguro que ninguno de los míos, ni menos otros moros que sean, no sean osados de dañar vuestra persona, ni cosas vuestras.

«Y así lo firmo, con firma honrada y juro á Dios de no ir contra lo que vos he prometido, é pongo á Dios por testigo, aquel que no hay otro criador sino él.

«Fue fecha la dicha escritura á veinte días del mes de Febrero, año de la era de Mahoma de 614 (1120 de J. C.).»

Conquistado aquel territorio por Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona, hizo nueva donación á la ermita de Poblet de todos los terrenos inmediatos. Desde aquella fecha el modesto santuario tomó otro carácter y fué puesto bajo la invocación de la Santa Cruz y San Salvador.

San Bernardo, á petición de Alonso III el Liberal, envió al naciente monasterio doce monjes, á las órdenes de D. Sancho, Abad de Fuenfria.

El día 6 de Mayo de 1150 quedó casi concluida la nueva fábrica y erigida en monasterio.

Desde aquella fecha comenzó la celebridad de este cenobio, y los Papas, los Reyes y los grandes le dispensaron tan distinguida protección, que llegó á ser uno de los monumentos religiosos mas importantes de la Península.

El Abad revestido con mitra y báculo episcopal ostentaba una corte completa de un gran Señor feudal, habitando en palacio propio y gozando de preeminencias, de que muchos altos dignatarios eclesiásticos no disfrutaban.

Poseía el Abad una gran porción de baronías, entre los que se contaban Cuarte y Aldaya, de nuestra provincia. El monasterio de San Vicente de la Roqueta, extramuros de nuestra capital, era dependiente de Poblet; y era además aquel Abad Rector nato de muchas iglesias parroquiales.

Sus jóvenes se educaban en un colegio situado en Huesca, incorporado á su Universidad.

En el día 24 de Julio de 1835 fue abandonado el monasterio por sus antiguos dueños y habitantes, cuando la guerra civil estendía por todas partes su sople devastador.

Cuando el conserje daba vuelta á la llave y se despedía de mí, me pareció que respiraba con mas libertad: la muchedumbre de memorias, que acababan de abrumar mi imaginación bajo aquellas altísimas bóvedas y en medio de tantas y tan grandes ruinas, no permitían fijarme un momento en cada una de sus piedras. Había sido un sueño fantástico que me había hecho ver una legión de potentados, de cuya última morada huían despavoridos aquellos mismos que hicieron temblar la Europa. Sus restos artísticos han ido á adornar, muy lejos de allí, casas, palacios, quintas, iglesias y otros edificios. ¿Por qué el régio panteón de los monarcas aragoneses ha desaparecido? ¿No ha sido Aragón la honra de la nación española? ¿Han sido por ventura sus pueblos comprados ó conquistados?

Yo no contesto; pero apelo de esta ingratitud á la historia, que ha dicho la verdad. Falta sin embargo mucho que decir.

Con el corazón triste y la imaginación impregnada todavía con los recuerdos de lo que acababa de ver, me reuní á mis apreciables compañeros, para almorzar al pie de una casuca levantada sobre ruinas. Todos estaban alegres; yo lo estaba también; pero mis ojos no se apartaban de la Puerta dorada. Por donde estábamos sentados pasaron en otros tiempos grandes y brillantes comitivas que acompañaban reyes vivos, que venían á ofrecer un donativo, y reyes muertos, que los sucesores confiaban á la custodia de los solitarios. Ahora no pasan mas que curiosos, unos por ver, otros por estudiar.

Concluido el almuerzo, nos volvimos á pie hasta la Esplugas, donde nos recogió el carruaje, que nos llevó rápidamente á Montblanch, para alcanzar el tren descendente que salía para Reus. No olvidaré jamás el sencillo obsequio que nos hizo la sociedad coral de Montblanch, ofreciéndonos un té, y acompañándonos hasta la estación, donde, al partir el tren, entonaron un coro sentimental, como una antigua balada, del que recuerdo esta palabra:

A Deu siau, á Deu siau.

La tarde era sombría, nebulosa, fría escisivamente; y las voces de aquellos honradísimos jóvenes, artesanos y labradores que, gorra en mano, nos cantaban: *A Deu siau*, vibraron en mi alma, como el recuerdo de una alegría pasada, y me dejaron sumido en la mas profunda tristeza.

¡Día aprovechado! las ruinas me habían enseñado mucho, y la amistad y el cariño me dieron pruebas de su galantería y de su amor. Poblet merecía una buena historia; bien se debe esta honra al Escorial de la poderosa corona de Aragón. El que la escriba, levanta un monumento, cuando el tiempo derrumba otro; aquel no perecerá jamás.

VICENTE BOIX.

D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

Vamos á encerrar en breves líneas la biografía del eminente escritor que está en la actualidad llamando la atención de España con su última obra dramática.

García Gutierrez nació en Chiclana en 1812 de una familia pobre de artesanos. A pesar de sus escasos recursos, su padre trató de que siguiera una carrera literaria y García Gutierrez estudió uno ó dos años de medicina en la universidad de Cádiz. Disgustado de estudio tan poco en armonía con sus inclinaciones, abandonó la carrera y se dirigió á pie á Madrid con el corazón lleno de esperanza y ochenta reales en el bolsillo, según asegura uno de sus biógrafos.

La fortuna no favoreció al poeta, que sufrió el duro aprendizaje de la miseria, triste vínculo de los hombres de génio. Dióse á conocer con algunos versos en varios periódicos literarios, y tradujo del francés *El Cuakero* y la *Cómica*, *El Vampiro* y *Batilde* ó la *América del Norte*. Escribió y no le representaron *El caballero de industria* y *Peor es urgallo*, comedias originales.

El romanticismo invadió por entonces la Península y García Gutierrez escribió *El Trovador*. Las dificultades con que tropezó para la representación de este drama y su precaria situación le obligaron á alistarse de voluntario al decretarse la quinta de cien mil hombres por Mendizabal en 1835, siendo destinado al depósito de Leganés.

Un eminente actor, el inolvidable D. Antonio Guzmán, escogió para su beneficio el desdeñado drama del soldado poeta y su estreno se verificó en la noche del 1.º de Marzo

de 1836. El éxito que obtuvo es uno de los mas brillantes, el mas brillante quizá, que registra la historia contemporánea del arte dramático. El público entusiasmado llamó al autor á la escena para tributarle sus aplausos, distinción que hasta entonces no se había otorgado en nuestros teatros y de que se ha abusado despues lastimosamente. García Gutierrez, que había desertado hacia pocos dias del depósito de Leganés, se hallaba en situación tan desvalida, segun refiere Ferrer del Rio, que para salir delante del público con decencia se vistió de prisa entre bastidores la levita de miliciano que llevaba D. Ventura de la Vega. Al dia siguiente recibió de Mendizábal la licencia absoluta.

Despues del *Trovador* escribió *El page* y el *Rey Monge*, que alcanzaron buen éxito, *Magdalena*, *El Bastardo* y *Samuel* que no se representaron por entonces, *El encubierto de Valencia*, que fue bien recibido, *Zaida*, que disgustó, *El Caballero leal*, *El Premio del vencedor*, *Gabriel* y las *Bodas de Doña Sancha*, no representadas. En colaboracion con Zorrilla escribió el *Juan Dandolo* y con Valladares y Doncel *De un apuro otro mayor*, y tradujo *D. Juan de Marana* y *Calígula*, no representadas. También tradujo, en union con D. Isidoro Gil, *Margarita de Borgoña* y *Juan de Suavia*, siendo aplaudida la primera y silbada la última. Por último con *Simon Bocanegra* alcanzó un nuevo triunfo como escritor castizo y correcto, como levantado poeta y como autor dramático.

En Febrero de 1844 se embarcó en Santander y pasó á la Habana; despues se trasladó al Yucatan, volviendo de América en 1848.

La zarzuela le debe tambien algunas delicadas joyas: *El Grumete*, se escuchará siempre con gusto por los amantes de lo bello. Además ha escrito *La cazeria real*, *Llamada y tropa*, la *Vuelta del marino*, segunda parte del *Grumete* y no recordamos si alguna otra.

Un duelo á muerte drama que puso en escena hace dos años, causó gran sensacion en la república literaria y la comedia *Eclipse parcial*, estrenada en fin del año anterior, se representó por espacio de muchas noches en el teatro del Príncipe.

Hacia años que García Gutierrez pensaba llevar al teatro las hazañas de los catalanes y aragoneses en Oriente, magnífica epopeya que cuenta pocos rivales en el mundo, y escribió muchas escenas de un drama que titulaba *Roger de Flor*. Un incendio consumió su obra y al reconstruirla recordando los versos, le dió un nuevo giro para acomodarla á las facul-



D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

(De una fotografía.)

tades de los actores del Príncipe y dió al fin por resultado su último drama, titulado *Venganza catalana*.

Desde la ovacion que recibió García Gutierrez en el *Trovador*, no ha concedido Madrid otra semejante hasta la que ha otorgado al mismo poeta en *Venganza catalana*. El público ha llenado hasta los pasillos del teatro y se han arrebatado las entradas y localidades con una semana de anticipacion, llamándole todas las noches repetidas veces á la escena, donde García Gutierrez no se había presentado desde su primer triunfo. Mas de un mes ha transcurrido desde el estreno de *Venganza catalana* y la obra continúa egecutándose con igual aceptacion, la empresa le ha concedido un beneficio, los autores dramáticos y los periodistas le han arrojado una corona, otra los actores del Príncipe; se ha abierto una suscripcion para premiar su talento, y los teatros de provincia se disputan la preferencia de representacion del drama. La primera edicion de la obra se agotó en pocas horas y á la presente van hechas cuatro reimpressiones.

Los dramas de García Gutierrez transformados en libretos de óperas recorren triunfalmente el mundo civilizado. *El Trovador* ha valido un gran triunfo á Verdi, y *Simon Bocanegra* ha alcanzado tambien una buena acogida.

La Academia española, tan parca en abrir sus puertas á verdaderas eminencias literarias de ciertas ideas, francas por otra parte á medianías cuyo mejor título es un soneto lleno de humo, tuvo el acierto de llamarle á su seno hace dos ó tres años, leyendo con este motivo un bellissimo discurso sobre la poesia popular.

García Gutierrez además de su talento

tiene otra gran recomendacion para los hombres honrados, sus virtudes privadas. Como poeta merece la corona reservada al genio, como ciudadano otra distincion mas modesta, pero no menos digna: la buena fama del hombre de bien.

R. B.

EL ASISTENTE.

¡Qué horas tan hermosas son las que siguen á una comida de amigos entusiastas, rociada grandemente de Jerez y de Burdeos; cuando el humo de los cigarros envuelve ya á los comensales, llevándose la imaginacion tras sus giros voluptuosos; mientras el dedo de la memoria hojea melancólicamente el libro de lo pasado, y los secretos se desbordan de todos los corazones, y la máscara cae de todos los semblantes, y llueven las anécdotas, los chistes, los cuen-

tos, las historias, los dramas y los poemas!

Todos cuentan algo: hasta el mas taciturno y desconfiado descubre el fondo de su alma: los mozos han abandonado el comedor: ya no se habla de música, de política, de literatura, de religion... Se habla de la vida, del tiempo, de la esperanza, del mundo cual es en sí. Todos los espíritus se han alzado á una igual altura, y desde aquella cumbre de entusiasmo echan miradas retrospectivas á las llanuras de la existencia, y tranquilas ojeadas al descenso de los dias...

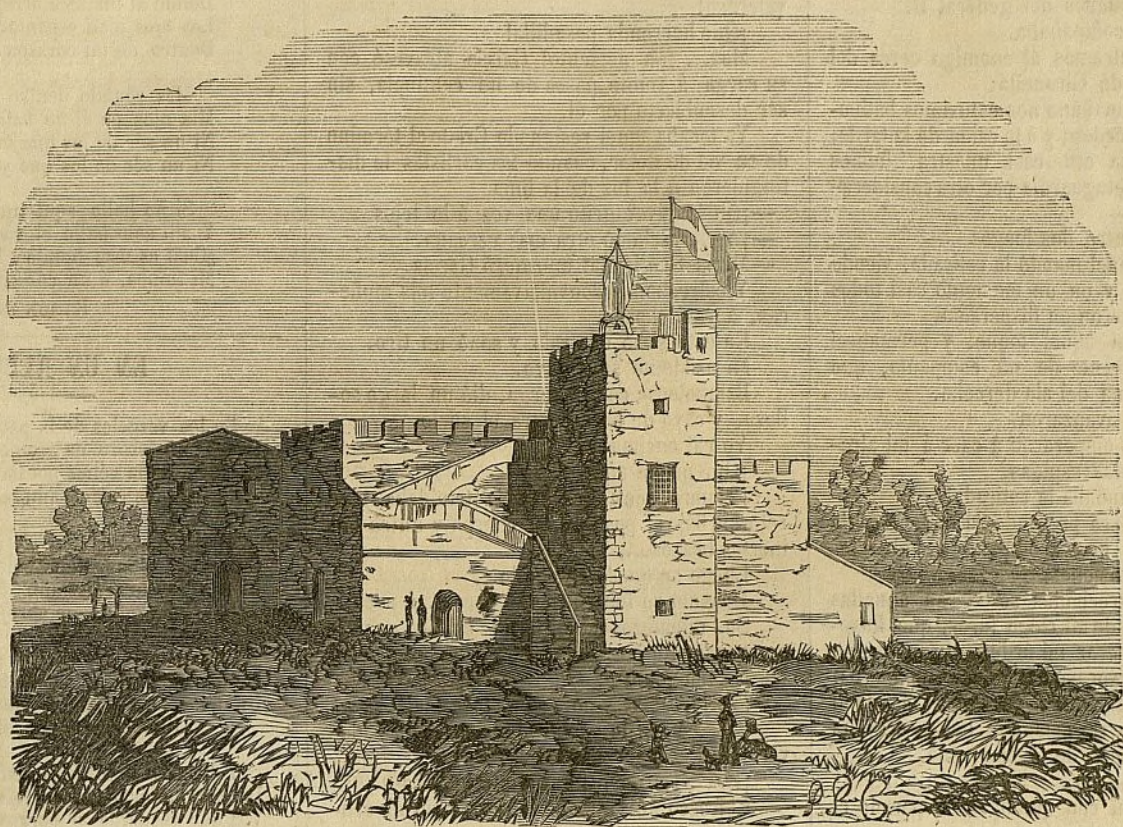
Dice Byron: *Yo gusto del fuego, de los crujidos de la leña, de una botella de Champagne y de una buena conversacion.*

Nosotros no teníamos leña, porque principiaba Mayo y estábamos en Andalucía, en Granada, en la Alhambra, en la fonda de *Los Siete Suelos*.—¡Hace cinco años!

Habíamos hablado de muchas personas; de ese mismo Byron, del *duque de Reichstadt*, de Luis XVII, de la papisa Juana, del preste Juan de las Indias, de Balzac y de otros muertos ilustres, cuando, no sé por qué camino, llegamos á hablar de perros, de monos, de hotentotes y por último de asistentes.

Un capitán, muy joven y muy bravo,—á quien dedico estos renglones, á pesar de que hace mucho tiempo no sé si es muerto ó vivo,—tomó entonces la palabra, y, sobre poco mas ó menos, vino á contaros lo que sigue:

Quiero que formeis una idea exacta de lo que es ese tipo sublime que medio habeis adivinado. Luego podreis vosotros deducir las consecuencias que querais en pro ó en contra de la civilización actual, y de la civilización en general; podreis seguir discutiendo acerca del maniqueísmo, del instinto de los animales, del mérito y demérito de las acciones humanas y



SANTO DOMINGO.—VISTA DEL CASTILLO LLAMADO DEL HOMENAJE.

de la forma social que se viene mejor á nuestra naturaleza caída... En cuanto á mí, hombre práctico, me contentaré con referiros un hecho, ó sea con acusarme de una culpa.

—¡Historia tenemos! dijimos todos arrellanándonos en las sillas; así termina toda buena conversacion

—¡Hable el capitán!

Este encendió el tercer cigarro y dijo:

—Desde que salí del colegio é ingresé en las filas, hasta hoy, que han pasado ya diez años, solo he tenido dos asistentes: el que acabais de ver, y un tal *García*... que es el héroe de esta historia.

La voz del soldado tembló al pronunciar este modesto nombre... Tomó un sorbo de café y continuó:

—*García* era un soldado reenganchado, hombre de unos veintiocho años, natural de Totana, tipo de árabe, ó por mejor decir, tunecino, de ojos negros, tez morena, pocas palabras, un valor á toda prueba y muy apasionado en sus odios y en sus simpatías.

Debo advertiros, sin embargo, que yo no vi en él mas odios ni otros cariños, que el reflejo de mis sentimientos; amaba al que yo amaba; y abominaba al que yo aborrecía.

Nunca le conocí novia, ni ningún vicio: jamás supe cuándo comía ni cuándo descansaba. Solo sé que á todas horas se hallaba al alcance de mi voz, dispuesto á servirme en mis menores caprichos, tuviésemos ó no dinero, fuese de día ó de noche, ardiese la tierra bajo el sol del verano ó estuviese cubierta de una vara de nieve.

Aquel hombre constituía toda mi familia cuando yo estaba fuera de mi casa, que era casi siempre; por lo tanto, yo debía de quererle mucho... y quizás le quería...—¡oh! sí... después lo he sabido... ¡yo le adoraba!—*¡Pero nunca me ocurrió darme cuenta de ello!*

—Esto es muy común en los hombres de mi carácter. —Lo mismo soy ahora con mi mujer... ¡Discolo y endemoniado!—En fin, vamos al asunto.

Por todo lo dicho comprendereis que yo era un ser fabuloso á los ojos de *García*, y que él me idolatraba como un buen hijo idolatra á

un mal padre...—Pero no... Esto es poco... —Como un perro idolatra á su amo.

¡Un perro... sí...! —Tal fue siempre el papel que á mi lado hizo *García*.

Tenerme contento, evitar un regaño, merecer una mirada mía... hé aquí la suprema felicidad de aquel hombre.

¡Oh!... el género humano es esencialmente bueno.

García, que era diez años mayor que yo, me hablaba de V.

Yo á él de tú.

El me hacía la comida con mil afanes.

Las sobras de mi comida eran su alimento.

Yo, soldado voluntario, recibía ochocientos reales mensuales por pasearme.

El soldado forzoso, ahorra seis cuartos el día que mas, y estaba trabajando siempre.

Yo no le pagaba.

El me servía con gusto, con entusiasmo, con cariño.

Y sin embargo... no sé por qué... (preocupaciones mezquinas que se arraigan en nuestro corazón) yo trataba á *García* con cierta dureza.

Solo le hablaba para mandarle, para reñirle por un descuido ó para prohibirle alguna cosa...

Mi voz era su ordenanza viva.

¡Qué diablo! Yo soy hijo y hermano de militares, y la costumbre de obedecer rigurosamente, me había dado el hábito de mandar con rigor!

En medio de todo... ¿qué era *García*? Un inferior mío... un soldado de mi compañía... ¡un subordinado!

¡Cuánto debió sufrir en su vida! ¡El, que nada amaba en el mundo tanto como á mí, y nunca recibió una prueba de mi estimación; que nunca oyó de mis labios una palabra afectuosa; que no estrechó mi mano al separarse de mí; que no me abrazó al volver á verme; que no pudo decirme en los peligros de la guerra... ¡Cuidado, amo mío! que siempre amó, calló y sufrió en mi presencia, como un pária ante su Dios, como un eunuco ante la sultana, como un esclavo ante su dueño.

¡Oh!... pero, eso sí... estoy seguro de que

no me engaño... y después lo he pensado muchas veces... Si *García* hubiera caído enfermo; si me hubiera querido abandonar; si hubiera llorado delante de mí... en aquel mismo punto hubiera dejado de ser inferior; le hubiera dicho: «*García*, no podré vivir sin verte...» en fin, me hubiera dado cuenta de que éramos dos hombres que se amaban como hermanos!

No exagero, amigos míos, considerad lo que para un oficial es su asistente.

Cuando á media noche volvía yo á mi alojamiento, solo, triste, fastidiado, él era quien me esperaba.

Si estaba enfermo, me cuidaba él.

No bien deseaba una cosa, á veces sin decirlo, me la proporcionaba.

En campaña estaba á mi lado.

En los caminos me servían sus brazos de puente para pasar los ríos.

En el invierno se tendía á mis pies para abrigarlos.

En el verano me cobijaba bajo la sombra de su cuerpo.

El era el único que sabía el estado de mi bolsillo.

Solo el podía adivinar el estado de mi corazón.

Me veía sufrir, me veía lloroso, me veía enamorado, débil, arrastrado por un vicio, poco respetable por cualquier circunstancia de la juventud, y me miraba, y sentía, y callaba y se quitaba la gorra con respeto.

El se peleaba con las patronas por ponerme en la mesa mis manjares favoritos.

Ahorra de mi dinero, ó sea, me robaba temporalmente para sacarme después de un apuro.

Me revisaba la ropa como una mujer.

Me peinaba, me cepillaba, me vestía.

Era por último, protector como un padre, previsor como una madre, dócil como un hijo, cariñoso como un hermano, económico como una esposa, leal como un amigo... ¡Una familia entera para mí... mi casa ambulante!

¡Oh! aquel hombre no tenía existencia propia: vivía de mi vida, y murió de mi muerte. Escuchad.

Cuando la guerra última con los carlistas

concluía ya por consunción, me hallaba yo en Cataluña á las órdenes del general B.

García me acompañaba.

Un día encontramos al enemigo cerca del pequeño pueblo de Gironella.

Desde por la mañana nos estuvimos batien- do con el mayor orden; y á la caída de la tarde, cuando la victoria era casi nuestra, fuimos sorprendidos á retaguardia por otra considera- ble partida.

Estábamos entre dos fuegos.

Nuestro coronel mandó la retirada, viendo la cosa perdida, y en un momento casi todos los soldados huyeron en dispersion.

Pero yo no oí aquel toque, y permanecí batiéndome al frente de mi compañía, que ocupaba el extremo del ala derecha.

Los carlistas avanzaron.

Mis soldados empezaron á caer á mi alre- dedor como segadas espigas.

¡Y yo no mandaba la retirada!

Estaba loco: era presa de la epilepsia, de esa enfermedad que acompaña á todos los accesos de mis pasiones.

Pero tan estrechados se vieron aquellas víctimas infelices de mi ciego furor, que huye- ron al fin sin esperar mi orden, dejándose en el campo á la mayor parte de sus compañeros.

García se figuró que yo había mandado aquella fuga y corrió mas que todos, creyén- dome acaso al frente de la compañía.

Quedé, pues, solo.

Arrojé el fusil con que había disparado el último tiro, y desembainé el sable.

De este modo avancé hacia el enemigo, po- seído de tan insensata furia, que pronto caí en tierra, presa de una terrible convulsion.

Los facciosos me creyeron muerto y siguie- ron acosando á los fugitivos.

Llegó la noche sin que me recobrase.

Los restos de nuestras fuerzas estaban ya en Gironella, donde se fortificaban y rehacian para caer al siguiente día sobre los facciosos, que por su parte acamparon en frente de la pequeña poblacion.

García, entre tanto, habíase apercibido de mi falta y decidido volver al teatro de la accion, á fin de recoger mi cadáver si yo había muerto, ó ausiliarme si me hallaba herido.

Para lograrlo, tenía que atravesar el cam- pamento carlista.

Solo un loco ó una madre hubiera concebido tan temeraria empresa.

Salió del pueblo cautelosamente, y dando un rodeo de tres leguas, consiguió atravesar la línea contraria.

Poco despues me encontró entre los ca- dáveres.

Yo seguia insultado; pero sumido en esa extraña somnolencia que permite ver y oír, ya que no hablar ó moverse.

García adivinó al momento que yo solo tenía la epilepsia: enjugó sus lágrimas, refrenó sus sollozos, cogióme á cuestras, y echó á andar hacia el pueblecillo.

Así se fué acercando á los facciosos, impa- sible, sereno, resignado con su suerte.

Solo un prodigio podía salvarnos.

El lo sabia, sí; pero sabia tambien que si no se empleaban los medios acostumbrados para sacarme de aquel insulto ó me dejaba allí á la intemperie, en una horrible noche de ventisca, podía quedar muerto al cabo de al- gunas horas.

Continuó, pues, su camino.

¡Tenia que volver á forzar la línea de los carlistas!

La oscuridad de la noche, era la única pro- babilidad de salvacion que nos quedaba...

En esto rompió la luna su cárcel de nubes y apareció plena, hermosa, resplandeciente, esclareciendo por completo todo aquel pais nevado.

García arrojó un suspiro, previendo una desgracia.

Yo la preveia tambien; ¡yo, inerte, exáni-

me, echado sobre la espalda de aquel hombre valeroso!

¡Qué horrenda pesadilla!

Mas... ¡oh portento! García atravesó con su carga á veinte pasos de un centinela, sin ser descubierto por él.

Ya tocaba aquel resignado Cristo al término de su via de dolor, cuando los carlistas le dis- tinguiéron á la luz de la luna.

—¡Quién vive? gritó una voz á lo lejos.

—¡A él! exclamó otra mas cercana.

—¡María Santísima! murmuró García.

Y estrechando convulsivamente mis muñe- cas, apreté el paso.

En esto silbó una vala y sonó un tiro.

Mi asistente se detuvo.

Bamboleóse con su carga, dió un largo so- llozo, y cayó de boca contra el suelo.

Yo caí encima de él.

¡Qué noche aquella!

Primero sentí que García temblaba y se retorcia bajo el peso de mi cuerpo y entre mis inertes brazos...

Luego se quedó tranquilo...

Despues se fue enfriando poco... á poco...

Sus miembros adquirieron, en fin, una ri- gidez espantosa...

Estaba muerto.

¡Yo lo sabia, y no podia moverme!

Pasé, pues, la noche abrazado á un cadá- ver... ¡al cadáver de García!

¡Era el primer abrazo que le daba.

El fresco de la mañana me volvió el sen- tido.

Me puse de pié y miré á mi alrededor.

Estaba solo.

Los carlistas habían levantado el campo durante la noche.

Registré á García, y ví que la bala le ha- bía entrado por un costado y salido por el otro.

Toméle á mi vez á cuestras, y trémulo, va- cilante, con los ojos húmedos y el corazon destrozado, entré en Gironella.

Allí está enterrado el pobre García.

Hoy es para mí su nombre objeto de culto y veneracion.

¡Cuántas veces he pedido locamente á Dios que le permitiera resucitar, para conso- larle de mi acritud y pagarle con amor su sacrificio!

Desde entonces soy dulce, afable, cariñoso con mis inferiores, y en vez de aspirar á que mi compañía tiemble ante mí y me crea un ser de otra especie que la humana, solo deseo ser un amigo de todos mis soldados, un preceptor, un consejero; porque he comprendido dema- siado bien, que bajo el burdo capote del solda- do late á veces un corazon mas grande que bajo el uniforme dorado del general.

¡Oh! cuando este otro asistente ha cele- brado mi ternura paternal para con él; quan- do he oido las bendiciones de mi com- pañía; cuando he derramado el consuelo so- bre esos pobres hijos de la patria, arrancados del seno de sus familias para servir á la am- bicion de cuatro miserables, ¿no es verdad, pobre García, que tú me has sonreído desde el cielo diciéndome para tí mismo:

«Mi sacrificio no fue inútil, pues ha redi- mido á mis camaradas?...»

El jóven militar quedó con los ojos clava- dos en el cielo; nosotros nos asimos á sus ma- nos, y el mozo de la fonda entró con la cuenta.

P. A. DE ALARCON.

DOLORA.

Las dos tumbas.

¡Cuán honda, oh cielos, está
Dije, mi tumba mirando,
Que va tragando, tragando
Cuanto ha sido, es y será!

Y huyendo del vil rincón
Donde al fin seré arrojado,
Los ojos metí espantado
Dentro de mi corazon.

Mas cuando dentro miré,
Mis ojos en él no hallaron
Ni un sér de los que me amaron,
Ni un sér de los que yo amé.

Si no hallo aquí una ilusion,
Y allí solo hallo el vacío,
¿Cuál es mas hondo, Dios mio,
Mi tumba, ó mi corazon!....

RAMON DE CAMPOAMOR.

EN UN ALBUM.

En los vergeles de la patria mia
Guarda un tesoro de aromosas flores
El ángel de la célica poesía,
De los castos amores.

Al declinar mis años de inocencia,
Cuando el primer dolor brindó á mis ojos,
El llanto en que nos muestra la experiencia
Su campo de abrojos.

Con la memoria de mis pátrios lares,
Me dieron de aquel ángel los favores
Un talisman que calma mis pesares:
El amor de las flores.

Y ha sido siempre el bendecido nombre
De este inmortal y plácido cariño,
Voz que recuerda al corazon del hombre
El corazon del niño.

Mas en la dulce variedad preciosa
Que el ángel de las flores me ofrecia,
Una fue para mí la mas hermosa
De las hijas del día.

Y es esta flor que mi entusiasmo abona,
La que se ostenta de inocencia llena;
Es la que sirve al ángel de corona:
La tímida azucena.

Luce su blanco cáliz sin recelo
En el esbelto tallo reclinada,
Y parece una lágrima del cielo
En nivea flor cambiada.

Emblema de la virgen hermosura
Que la virtud y la esperanza adoran,
Ella promete celestial ventura
A las almas que lloran.

Y así como en el sueño de la vida
Es lo mas puro la inocencia bella,
Así al nacer en la estacion florida
La flor mas pura es ella....

Yo solitario y triste peregrino
Que mi primer amor la consagré,
Al encontrarte, oh niña, en mi camino,
Con esa flor soné.

Y es que en la nieve de tu pura frente
Y en el reflejo de tus trenzas de oro,
La imagen vió mi corazon doliente
De aquella flor que adoro.

Es que la luz de tu mirar fecundo
Dice al poeta, mágica y serena,
Que Dios te dió para cruzar el mundo
Por alma una azucena!

SALVADOR LOPEZ GUIJARRO.

LA CRISTIANA.

(Oriental.)

I.

—Ven acá, Sultán, y rápido
Rompe este nudo malvado,
Con que vil has apresado
Mi cristiana libertad.
Abre la prision tiránica
A que tu afán me condena,
Y en tu corazon de hiena
Haya un rasgo de piedad.

¡Si sabes qué horror fatídico
Me inspira tu estirpe régia,
Y desdén la pompa egregia
De tu morada oriental...!
¿Por qué la insistencia bárbara
Con que infamarme pretende
La ruda pasión que enciende
Tu impureza sensual?

II.

El mas impuro y frenético
Emir de la Andalucía,
Escucha con sangre fría
La relación anterior,
De una Cristiana á quien pérfido
En su palacio encerraba,
Porque altiva desdénaba
Su torpe y grosero amor.

Pasaban las horas rápidas
Y un día tras otro día,
Y mas tenáz la porfía
Se agitaba entre los dos.
El, sus tesoros riquísimos
Ofreciendo á la Cristiana:
Ella, defendiendo ufana
Los preceptos de su Dios.

Desesperado y colérico
Al verse contrariado,
De su turbante enroscado
Hace el árabe un dogal;
Y lo arroja á la blanquísima
Garganta de la que altiva,
Se niega á ser la cautiva
De su intento criminal.

—¡Quiéreme! La dice pálido
El irritado agareno,
O agotas todo el veneno
Que brota de mi rencor.
—¡Quiéreme! La dice lívido;
Y al ver nueva resistencia,
La arrastra con inclemencia
De la estancia en derredor.

—¡Quererte! primero víctima
Sucumbiré de tu enojo,
Que negar que me sonrojo
Del amor que te inspiré.
Si quieres matarme, mátame;
Porque, Sultan, ten presente,
Que mientras mi pecho aliente
Igual te aborreceré.

III.

Pocos momentos pasáronse,
Y la Cristiana yacía
Inmóvil, pálida y fría,
A las plantas del Emir...
Que vió con pavor satánico
Que la Cristiana inmolada,
Prefirió morir honrada
A con deshonra vivir.

M. MARTOS RUBIÓ.

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuación.)

Después que hubo pronunciado aquellas misteriosas palabras, me pareció que hacia un doloroso esfuerzo para variar el curso de sus ideas y dijo con tono mas natural:

—¿Vienes con algun caballero?

—Sí, señor.

—Ya me lo habia presumido; cuando entrásteis sentí las pisadas del caballo y desde luego colegí que el ginete no debía ser un pobre aldeano hijo de estas montañas y de estos pequeños valles.

—¿Por qué no se sienta V.? dije yo entonces tomando parte en la conversación.

El ciego se apoyó en un brazo de Juan Tomás, mas bien por darle pruebas de afecto

que por necesitarlo, y avanzando hacia el sitio en donde yo me encontraba:

—Tiene V. razón, dijo; la tempestad brama todavía con demasiada violencia y será probable que tengamos que detenernos por aquí algunas horas. Bueno será pasarlas, dado ese caso, en tan amable compañía. La soledad en un sitio como este se haria en extremo penosa.

Diciendo así tomó asiento en un banquillo de madera que su joven lazarillo se apresuró á colocar cerca del fuego. Yo le pregunté por qué no se sentaba en el escaño.

Esta pregunta, tan insignificante y tan sencilla en mi concepto, debió causarle una impresión dolorosa, pues observé que su rostro se cubrió de mortal palidez.

Daba lástima y tristeza contemplarle, como yo lo hacia entonces, detenidamente. Aquella cabeza venerable, despoblada por la parte superior á impulso de los hielos de la vejez, estaba por otros sitios cubierta de blancos cabellos, que como el bigote y la lengua barba, cubridores de su hundida boca, parecían rizadas madejas de hilos de plata. Su frente espaciosa ostentaba esos menudos pliegues en los cuales se ocultaban ligeros átomos de experiencia y mundos enteros de amargos desengaños. Sus ojos estaban dormidos y privados de la luz del día. Su cuerpo demacrado y enjuto.

¡Pobre peregrino! ¡pobre mendigo! ¡pobre Ciego de los Valles!

¿Quién seria capaz de descubrir y analizar al través de aquella epidermis, arrugada y seca como un pergamino, de aquel cráneo que por algunos puntos parecia una calavera; de aquellos párpados, en fin, constantemente cerrados, como para nosotros lo está el libro de nuestros destinos, la historia de los pasados infortunios de aquel viejo? ¿quién podría descender al fondo íntimo de su conciencia para indagar si estaba limpia y sin mancha, ó carcomida por el gusano de los remordimientos?

Lo único que puedo decir es que en su fisonomía se revelaba un sello indescriptible de dolor, de miseria, de humildad, de esperanza, de resignación, de encogimiento y de otros mil afectos encontrados. Que todo me parecia en él interesante y digno de consideración.

La ancianidad, tocando con los pies en la tumba y con las manos en la puerta del tribunal de Dios, me ha parecido siempre colocada en una posición y en una actitud sublimes.

Por otra parte, el Ciego de los Valles se parecia en cierto modo á la casa maldita y me conmovia semejante idea.

Era, por decirlo pronto, una verdadera ruina, y las ruinas deben mirarse con respeto; aunque no nos infandan cariño.

IV.

Advertencia.

Acabo de adoptar una resolución que ignoro si será del agrado de mis lectores.

La primera novela que dé á luz después de esta que estoy escribiendo, ha de ser festiva y alegre como unas pascuas. Entre reír ó entregarme á ciertas meditaciones tétricas y sombrías, creo que debo estar por lo primero.

Este trabajo, además de otras muchas, adolece de dos faltas muy graves, á saber: la escasa novedad del asunto y la tristeza que envuelven sus formas y todos sus detalles.

Culpa mia no es, sin embargo, que lo uno sea hijo de lo otro. Era imposible tener á la vista la casa que he procurado describir, estar en conversación con el pobre ciego y sentir bramar los elementos encima de nuestras cabezas, sin dar lugar á las dolorosas reflexiones que de vez en cuando se trasladan desde mi imaginación á las mal pergeñadas cuartillas que voy redactando.

Por lo demás, no haré yo á mis lectores la ofensa de suponer que no han comprendi-

do todavía la misión que ha de llenar nuestro ciego, encargándose de referirnos la historia de la casa maldita. Esto era de cajón, y por lo tanto muy fácil presumirlo.

Así, pues, omitiré gustosamente los pormenores insignificantes de la larga plática que sostuvimos los tres, á presencia del lazarillo joven y desdichado mudo, cuya comprensión era tan grande que por nuestros ademanes y el movimiento de nuestros labios parecia que se orientaba prontamente de los diversos asuntos sobre los cuales rodó la conversación.

El hermoso perro Palomo nos dirigia también sus inteligentes miradas.

En cuanto al ciego, á medida que estábamos juntos mas tiempo, parecíame descubrir en él una inteligencia lozana y viváz, no amortiguada todavía por el cansancio de su vejez. De vez en cuando dejaba traslucir claras muestras de un profundo y sincero dolor que estaba envuelto probablemente entre mal apagadas cenizas.

Viendo que la lluvia no daba tregua, y que tendríamos que permanecer allí mucho mas tiempo, sopena de volver á ponernos en remojo, dispuse que Juan Tomás trajese las alforjas en las cuales habia mandado colocar antes de salir de Pamplona, unos cuantos fiambres y algunas frutas secas, y todos comimos en amor y compañía.

Hecho esto (y á riesgo de parecer poco generoso demandando una especie de retribución) supliqué al ciego encarecidamente, que si no hacia de ello un sacrificio, me contase la historia de la casa maldita.

Después de vacilar un momento y de arrojar un suspiro, accedió á mi demanda y empezó su relato en los términos y en la forma que á continuación verán mis amables y benévolos lectores.

V.

Revista retrospectiva.—Celsa.—Los amigos rivales.

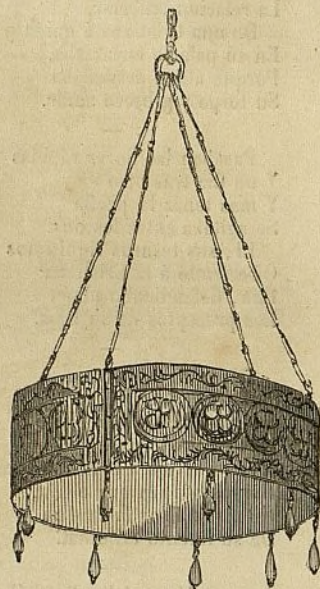
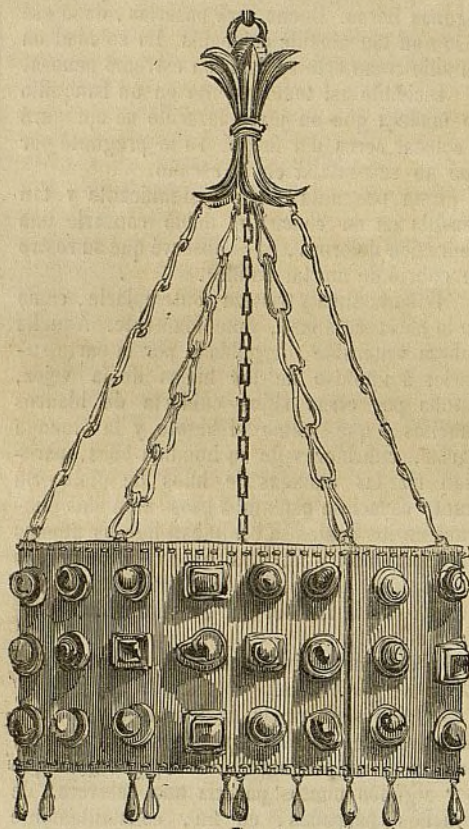
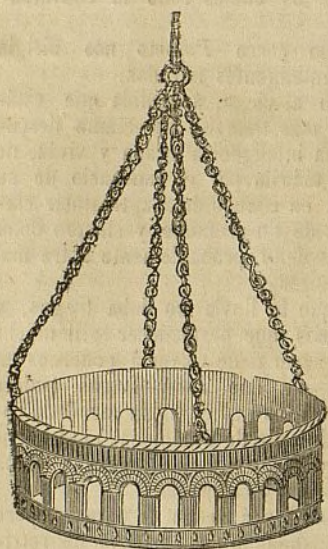
«Si fijais, dijo, vuestra consideración en estos preciosos y poéticos valles y si sois algo reflexivo, desde luego podreis comprender que las gentes que habitan en sus pueblos, deben ser tanto mas felices, cuanto mas apartadas se encuentran de los grandes centros de población, en donde las ambiciones, los cuidados y las intrigas absorben la mayor parte de la existencia del hombre. Aquí vive cada uno gustoso con lo que tiene sin que los refinamientos del lujo y el acrecentamiento de necesidades sean obstáculos que se opongan á su dicha. Todos, ó casi todos, nacen, crecen y se ven reproducidos en sus hijos y en sus nietos, dentro del hogar en que nacieron sus antepasados. Nadie ha osado mover sus penates con objeto de trasladarlos á otro punto. Las plantas y los hombres vegetan simultáneamente y dan al mundo sus frutos lozanos y benditos bajo la influencia de un mismo clima y de unas mismas constelaciones. ¡Dichosos todos ellos que no se ven condenados como yo á vagar constantemente por todas partes sin mas familia ni mas amigos que un pobre mudo y sin mas amparo que la caridad y la beneficencia públicas!

Pero he prometido contaros la historia que me habeis pedido, y no es justo defraudar vuestras esperanzas. Para empezar mi narración será necesario que retrocedamos á épocas un poco lejanas.

Hace cuarenta y cinco años que un matrimonio lleno de hijos y de honradéz vivia en un pueblecito de uno de estos valles, cuyo nombre me permitireis omitir. Los hijos eran seis, todos varones, y todos idólatras de sus padres, que les daban egemplos inapreciables de virtud y de caridad evangélicas. Ningun pobre pisaba el umbral de aquella casa sin que fuese socorrido y consolado.

(Se continuará.)

CORONAS VOTIVAS DE LA REAL FAMILIA DE RECESVINTO,
encontradas en Guarrazar, provincia de Toledo, existentes hoy en el Museo Imperial de Cluny.



CORONAS VOTIVAS.

Una tempestad que estalló sobre la comarca de Guarrazar, á dos leguas de Toledo, el día 25 de Agosto de 1848, fue causa de que casi quedaran en descubierto ciertas coronas y fragmentos de otras alhajas, que habiendo pertenecido á reyes visigodos, yacian bajo la arena, barrida por los raudales que produjo la lluvia de aquella tempestad. La muger de un labrador vecino del pueblo fue la favorecida con el hallazgo.

De allí á poco supimos con disgusto que otras corrientes se nos habían llevado aquel tesoro al lado de allá del Pirineo, y que yacian en el Museo imperial de Cluny.

Otro labrador de aquella comarca se echó también á buscar coronas, y á los dos días del primer descubrimiento encontró otro depósito igual que el anterior. Este labrador cuyo nombre es Domingo de la Cruz, bien aconsejado por su tío, y digno profesor de instrucción primaria, D. Juan Figuerola, tuvo el honor de ofrecer á S. M. este precioso segundo tesoro hallándose la corte en Aranjuez.

En este número publicamos algunos de estos preciosos objetos, y en el inmediato daremos á conocer una de las principales coronas encontradas.

Las que hoy presentamos á nuestros lectores debieron pertenecer indudablemente á



los hijos ó hijas de Recesvinto, pues en el reverso de la cruz de oro, enriquecida con piedras preciosas, dice así:

YN DI NOMINE

OFFERET SONNICA SCE MARIE IN SORBACES.

Estas tres coronas ofrecen analogía en su forma con las del Rey y la Reina, sin parecerse á ellas de un modo absoluto.

La principal se compone de una diadema de oro, enriquecida con tres filas de piedras preciosas. Las otras dos son mas sencillas; pero la mas pequeña es calada y representa una serie de arcos de bellísima ejecución. Las tres se abren por medio de charnelas; están provistas de cadenillas de suspensión, y la mayor par-

te se encontraron en un estado perfecto de conservación, si bien el metal presentaba en algunos puntos huellas de la influencia que había ejercido sobre ellas la humedad de la tierra.

(Se continuará.)
F. M.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Valencia, Administracion del periódico, imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, núm. 3; en el centro general de suscripciones de Don Manuel Carboneres, plaza de la Constitucion; y librería de D. Juan Mariana, Hierros de la Lonja.

En Madrid, Sres. D. Carlos Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe D. Alfonso; Durán, Carrera de San Gerónimo, y Guijarro, Preciados, 5.

En las demás provincias en todas las principales librerías.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

REGALO Á NUESTROS SUSCRITORES.

Todos nuestros suscritores y los que lo sean nuevamente por un trimestre antes del 30 de Abril, recibirán en este mes un billete con diez números, que les dará opción á la magnífica fotografía que hemos adquirido copia del bajo-relieve del Descendimiento de la Cruz, ejecutado en Roma por D. José Bellver, y premiado en la Exposición de bellas artes de Madrid de 1860.

El agraciado será el que tenga el número igual al del premio mayor de la Rifa de la Beneficencia, que se ha de celebrar en Valencia en el próximo mes de Abril.